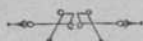




ORIGEN Y PROGRESOS DEL PERIODISMO EN LOS PUEBLOS LATINOS

*Discurso dicho en el Ateneo de Vitoria en la sesion del 9 de Noviembre
de 1888 por el s6cio Don Alejandro Sangrador.*



SEÑORES:

No pretendo elevarme en alas de mi imaginacion á inquirir si los pueblos prehist6ricos sepultados en el Atlántico y el Mediterráneo tuvieron publicaciones peri6dicas. Reservo esa labor á edades que vendrán. Ellas, perfeccionado el arte de buzar, estimuladas por la codicia primero y por la ciencia ó por otros apetitos despues, reconocerán el suelo submarino y estudiarán las costumbres de los que fueron conservadas bajo el liquido fanal, como lo están en Pompeya, Itálica y Erculano por la lava volcánica obedeciendo á la misma causa, á cataclismos geol6gicos en próximas latitudes como los que recientemente han ocurrido en las Antillas, en Andalucia, en Grecia y en la China.

Tampoco he de hablaros de las civilizaciones de la India, de Babilonia, de la Caldea, de Egipto ni de la de Grecia con relacion al interesante tema que me propongo desarrollar en esta conferencia, porque habiendo de ceñirme en todo cuanto diga á datos hist6ricos, de que carezco respecto á los paises citados, seria impertinente ocuparme de ellos.

Pero antes de entrar en materia, antes de exponer hechos históricos, fijemos nuestra atención en lo que hoy existe para admirar lo que existió ayer.

Dados los medios, los elementos de que hoy dispone el hombre para comunicarse con sus semejantes desde todos los puntos de la tierra, la electricidad para adquirir noticias, el papel y la imprenta que dan baratura y facilidad para escribir y rapidez para multiplicar lo escrito, con los transportes marítimos y terrestres por el vapor ¡Qué mucho que esa clase de publicaciones ligeras que por antonomasia y sustantivando el adjetivo llamamos periódicos, utilizando para su desarrollo el medio ambiente de expansión en que hoy vive la sociedad, se hayan multiplicado hasta tocar en lo fabuloso y algunas veces en lo ridículo!

Detengámonos en esa progresión á la que volveremos, echemos una mirada retrospectiva al hombre de la antigüedad que desea ó tiene el deber de enviar á todos los ámbitos de la tierra conocida las noticias que puedan agradar ó interesar, que ha de hacerlo periódicamente, que ha de escribir sobre una lámina cortical del árbol *papyrus* ó sobre un trozo de piel de vitela ó de pergamino, que un millar de amanuenses han de reproducir este escrito por el mismo procedimiento, y que el producto de este improbo trabajo ha de ser distribuido por ginetes ó peatones en apartadísimas comarcas y decidme: ¿Cabe todo esto en nuestra mente? Sin embargo todo eso ha sido, no es una elucubracion de la fantasía, es una verdad histórica.

Antes de llegar á ella, á la que podemos llamar verdad demostrada, encontramos en el periodismo, lo mismo que en la infancia de todos los organismos físicos y morales, manifestaciones oscuras sintomáticas de vida de existencia, y á esta categoría tendremos acaso que relegar la opinion del historiador Reynesio, tomada de los anales romanos de Pighio, en los cuales se consigna que Vives dejó entre sus papeles copia de una tabla en que se contenian los hechos urbanos de una semana bajo el consulado de Lucio Emilio Paolo segundo y de Lucio Licinio Craso en el año 584 de Roma, (168 antes de Cristo) pretendiendo probar que existia, desde la más remota antigüedad la costumbre de publicar periódicamente los hechos importantes que ocurrían en la Ciudad reina del mundo. Los críticos fundándose en que no existe la tabla original de que se hace mérito en los anales y en que no tiene la copia encontrada por Susio en su lenguaje y ortografía los vestigios de antigüedad que parece debieran descubrirse en un documento de aquella

época, sospechan que haya sido una afición articularia de las muchas que á su aparición se hallaban en boga.

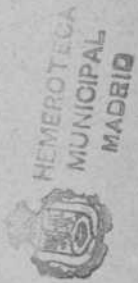
Desechada ó admitida la hipótesis anterior, oigamos á Suetonio in *Julium Coesarem Capite XX*: Cesar, dice, fué el primero que instituyó que en su Consulado se extendiesen y publicasen los hechos diarios del Senado y del pueblo: «*Primus omnium instituit ut tam Senatus, quam populi diurna acta conficerentur et publicarentur.*»

Es, pues, indudable que en el Consulado de Julio Cesar habia en Roma un periódico diario que, por razon de los asuntos que en él se trataban, era lo que hoy llamamos *Gaceta* ó *Boletín Oficial* y que si no fué creado entonces, como asegura Suetonio, adquirió tal importancia sobre las antiguas inscripciones de los hechos urbanos en tablas y tan grande circulación para esteriorizar los acontecimientos de la gran metrópoli, que Ciceron escribiendo á Bruto, á Cornelio y á otros, les dice que omite darles varias noticias por saber que reciben los actos urbanos de Roma.

En el Diálogo de los Oradores se habla de la importancia de estos diarios que Muciano compilaba, diciendo que no se limitaban á esparcir noticias; sino que tambien insertaban los discursos y arengas de importancia, conociéndose por ellos la elocuencia de Pompeyo y de Craso, de los Léntulos y los Metelos, de los Súculos y los Curiones y de los demás Oradores y Magnates de la ciudad, lo cual dá derecho á suponer que eran periódicos políticos y literarios tan extensos y tan completos como los de nuestros dias.

Para poder formar idea aun más completa de la indole, del carácter especial, ligero de los actos urbanos y de la opinion de los Sabios respecto á aquellos diarios, leamos á Tácito el cual, escusándose de no haber tratado en sus Anales de la forma y solidez de los andamios mandados levantar por Neron para la construcción de un anfiteatro, asunto que habia dado materia á otros autores para llenar gruesos volúmenes: «Corresponde, dice, á la dignidad del pueblo romano dejar tales asuntos á los Diarios y tratar en los Anales otros más ilustres é importantes.» «*Cum e dignitate Populi romani sit illustres Analibus; talia Diurnis urbium actis mandare.*»

Segun el mismo Tácito estos Actos urbanos, ó Gacetas, no eran solamente conocidos en la ciudad; circulaban por todas las provincias romanas y por todos los ejércitos donde eran esperados con ansia y leídos con gran atención, siendo tal su importancia que el eminente jurisconsulto é ilustre Orador, el implacable Tri-



buno enemigo de Catilina, Marco Tulio Ciceron dice en el libro 6.º de sus epístolas: «Que los coleccionaba con el mayor esmero por serle necesarios para sus congeturas y cálculos políticos.»

El Derecho romano que se estudia en las aulas, el que sirvió de fundamento al Derecho patrio y principalmente à las Partidas del Rey de Castilla Don Alfonso X (el sabio,) nos demuestra, mejor que otro documento podria hacerlo, los grados de cultura de aquel gran pueblo cuyos derechos estaban garantidos por las Léyes, cuyas libertades tenian regulada cientificamente su manifestacion y ejercicio en los Comicios, en la Tribuna y en el Foro, cuya tolerancia con las costumbres de los pueblos conquistados ó sometidos à su dominacion no es todavia perfectamente imitada por los que se encuentran à la cabeza de la civilizacion, cuyo respeto à la igualdad le llevó à sentar en el trono de los Cesares al Español Teodosio y à otros extranjeros, à honrar à Sabios como Sèneca y Columela y ¡qué más! à dar puesto en el Olimpo à los Dioses extraños como se le habria dado muy distinguido à Nuestro Señor Jesucristo, al primero que llamó hermanos é hijos de Adan y de Noè à todos los hombres, si el Dios único, el Dios verdadero pudiese compartir su divinidad con mitos creados por el ignorante fanatismo de las muchedumbres y por las concupiscencias de sus sacerdotes.

Pero la hora de Roma habia sonado en el reloj de los tiempos. Los hábiles Capitanes y los valerosos Centuriones se habian afeeminado. Los Sabios filósofos, Estadistas y Juriconsultos y los insignes *Equites* se habian convertido en Meretrices y los vicios y la molicie de los arrogantes vencedores de Càrtago habian llevado en el Bajo Imperio à la decrepitud y à la muerte al pueblo más viril y más potente de la tierra. Y como en el orden moral, lo mismo que en orden fisico, la reaccion sigue à la accion con la misma precision, matemática que responden los ángulos de reflexion à los de incidencia, y como los hombres que empuñan la rueda en vez de manejar la pluma y los libros ó de esgrimir la espada, lo mismo en el hogar doméstico que en las grandes colectividades, han de ser fatalmente remplazados por otros, así la Roma de los Cesares cayó à los pies de Atila envuelta en el inmundo sudario de su abyeccion y de su miseria; y las vigorosas razas de los llamados Bárbaros con la rudeza de sus costumbres guerreras y la sobriedad à que las habia reducido y acostumbrado su vida nómada y siempre agitada, cambiaron la faz de la Europa meridional educándola y robusteciéndola para colocarla en actitud de resistir más tarde à las Hordas agarenas que, sin esta providencial me-

tamórfosis en los pueblos latinos, sin esta afortunada preparacion, que la generalidad de los Literatos y de los Historiadores llama funesta para las ciencias, las letras y las artes, y que en efecto temporalmente lo fué, sería hoy musulmana y estaría sumida en la barbarie de Marruecos y del Sudan, y nuestros mayores, quienes, despues de ochocientos años de titánica lucha, arrojando de España la media luna, salvaron al resto del continente, no hubieran podido rehacerse de la rota del Guadalete sin la sangre visigoda sumada á la menos corrompida de los Montañeses Cántabros y Pirenaicos.

Terrible, aunque necesaria, fué la reaccion. Deshecho el Imperio romano, ipso facto se desmembraron sus provincias formando nuevas nacionalidades y el periodismo sucumbió, como casi todas sus costumbres por inútil, por imposible.

Pasaron los siglos, Gutemberg inventa la imprenta, el largo, pesado y dispendioso procedimiento de los antiguos Copistas es remplazado por el breve y barato de la prensa que, movida por inconsciente mano, reproduce instantáneamente los originales, la resurreccion del periodismo se impone y á la máquina de Gutemberg lo resucita.

No tenemos, empero, datos bastantes para conceder el mérito de prelación de este que bien puede llamarse nuevo invento, á las Naciones que lo pretenden. Todas suponen haber sido las primeras que tuvieron gacetas. Yo, si no temiese obrar por apasionamiento á mi patria querida, diría que España se adelantó á las demás, y para sostener esta opinion me apoyaría en el testimonio imparcial de un erudito extranjero. Me permitiré exponer los alegatos de Francia, de Italia y de España, y vosotros, entre los cuales hay distinguidos Literatos, Historiadores y hombres de ciencia, todos y cada uno mucho más valiosos y más competentes que yo, fallaréis el pleito.

La *Gaceta* de Francia principió á publicarse en Paris en 1631 por Teofrasto Renandot, segun asegura su nieto célebre Abate del mismo apellido y entusiasta encomiador de aquel periódico al que llama: «Cuna de la verdad donde, recibiéndose en el instante »de su nacimiento toma fuerzas para dar en poco tiempo vuelta á »todo el mundo, donde una sencilla y fiel relacion de los hechos, »no elevándala sobre la comun inteligencia de los hombres, la »hace más estimable á los doctos y la conservará siempre cual »ella es contra los adornos que la desfiguran ó la desacreditan en »la mayor parte de los otros libros.»

Marffei cree que en el último tercio del siglo XVI existían en Roma publicaciones periódicas y entre otros fundamentos de su razonada opinión cita la Enciclica: *Contra Dictantes monita* (vulgo *Gli avvissi*, del Papa San Pio V, en la cual se censuran las excesivas libertades usadas por los Gaceteros y se marcan las reglas á que en lo sucesivo han de ajustarse. El no menos célebre Maquiavelo coleccionó más tarde las gacetas de Venecia, y á principios del siglo XVII se publicaban ya periódicos diarios en otras varias ciudades de Italia.

El erudito literato italiano Abate Andres, testigo de mayor excepcion, dice en su tratado de Literatura: Que España fué la primera Nacion que adoptó el uso de las gacetas, asegurando tener noticias fidedignas de que en la Biblioteca de los P.P. Jesuitas de Zaragoza existia en su tiempo una coleccion de gacetas españolas impresas con caracteres de los llamados góticos y que por esta circunstancia no pueden menos de pertenecer al siglo XV ó principios del siglo XVI en cuya época dejaron de usarse en la imprenta dichos caracteres. Prescindiendo de dato tan precioso, pueden traerse otros más precisos y mas facilmente comprobables. En la novena de las cartas del P. Rojas, escritas á principios del siglo XVII y compiladas por el Sr. D. Gregorio Mayans, se habla tanto de los defectos de las gacetas de Madrid, que no cabe dudar de su existencia con mucha anterioridad á la de Paris y á las de Roma. El no menos célebre Argensola en carta de 1612 á los Diputados de Aragon, de la que Pellicer hace mérito en el ensayo de Biblioteca de Traductores Españoles dice: «Que escribir sin tiempo y sin exámen, sin eleccion y sin estilo mas es de Gaceteros y Menantes que de Historiadores.» Existian, pues, Gaceteros y por lo tanto Gacetas en Madrid en 1612.

Tal es, señores el cuadro que, esbozado á grandes rasgos, he podido exhibiros acerca de la resurreccion por la prensa del Diario moderno de noticias de la mentirosa Gaceta. Réstame para completarlo hablar, siquiera sea muy á la ligera, porque temo cansaros, de la reaparicion de las publicaciones literarias periódicas.

En la fastuosa Corte de Luis XIV de Francia, del Rey que decía: «El Estado soy yo,» El Consejero del Parlamento de Paris, Dionisio Sallo, auxiliado por el Abate Gallois y por otros Literatos Cortesanos, principió á publicar en 1665 el Diario de los Sabios, periódico literario de Paris que desde sus comienzos justificó el arrogante título que ostentaba sin decaer por espacio de cincuenta años y que perdió despues su grande importancia y murió

á mediados del siglo XVIII cuando le faltó el calor de la Corte á cuyo amparo habia vivido.

La revolucion acaccida en el último tercio de aquel siglo cambió radicalmente las costumbres de la Francia y modificó más tarde las de los demás Pueblos latinos los cuales no se repusieron de los desastres causados por las guerras del primer imperio, que terminaron oficialmente por el Tratado de 1815, hasta algunos años despues, en cuya época vuelven al estadio de la prensa los periódicos científicos y literarios en Francia y en Italia, en cuyas Naciones las Gacetas de noticias no habian interrumpido si no á ligeros intervalos, su publicacion.

La desgraciada España regida arbitrariamente por el Gobierno absoluto del veleidoso Fernando VII, en la cual la libertad que aquel Monarca juró defender diciendo: «Sigamos todos y yo el primero por la senda constitucional,» fué ahogada por él, auxiliado en 1823 por los cien mil hijos de San Luis que nos mandó la Francia liberal, la desgraciada España, repito, marchando á la zaga de la civilizacion, no tenia en aquel tiempo mas periódicos que la «Gaceta oficial», «El Mercurio de Madrid» y el «Diario de Brusi» en Barcelona, sujetos á previa y rigurosa censura. No tenia en fin, publicacion alguna representante de la opinion pública porque la opinion amordazada no debia ni podia hablar, ni los Españoles tener otra vida de relacion que la que se permite á los perros encadenados en finca de su Señor. Mas este, comprendiendo que los Realistas le abandonaban para seguir á su hermano don Carlos cuando en 1827 se levantó en Cataluña por primera vez el pendon del Pretendiente, tremolado por el General Bessieres, llamó á si á Liberales emigrados, indefinidos, impurificados é ilimitados, civiles unos y militares otros, aflojó algun tanto la argolla que los sofocaba y recelando que el que habia destronado á su padre en 1808 podria ser más, ó menos pronto destronado por su hermano, convocó en 1830 Cortes con el nombre de Estatuto Real, las cuales confirmaron la Ley de 1785 derogatoria de la Ley sálica de 1713 y en su virtud fué proclamada Princesa de Asturias heredera del Trono, su hija Isabel. Amenguados en el Gobierno y neutralizados en el Ejército los elementos carlistas de que el último estaba compuesto en su totalidad, evitó el advenimiento al Trono de su hermano Carlos, quien sin esta preparacion le hubiera sucedido sin lucha ni resistencia posible por parte de los Liberales, los cuales habrian sucumbido como sucumbió Mina en el año de 1830 ya citado.

Al irradiar de nuevo la libertad en 1833 y especialmente despues del convenio de Vergara, las publicaciones políticas primero y las científicas y literarias despues tomaron rápido vuelo en Madrid y Barcelona, habiendo llegado al presente á un desarrollo tan considerable en la capital de la Monarquía que su número se acerca al de Paris donde existen 1648 periódicos de todas clases escediendo el de los políticos madrileños al que alcanzan estos en la capital de la vecina República.

Era de esperar que las ciudades españolas siguiesen el ejemplo de Madrid; pero lo hicieron tan lentamente, fueron tan refractorias á esta civilizadora novedad que en Valladolid en la culta capital de Castilla la Vieja no había en el año de 1854 otro periódico que el "Boletín oficial". Veintiuno que se crearon hasta esta época habían muerto por falta de suscritores sin alcanzar un año de vida. Aun regalándolos nadie quería recibirlos, se hubiese creído rebajado en su dignidad el que, constituido en alguna facilitase noticias; humillado y desprestigiado en su profesion ú oficio el que anunciase, y no había quien lo hiciese ni aun tratándose de pérdidas ni halazgos. En tan malas condiciones tuve la honra de contribuir á crear con el humilde nombre: de Avisador, el Norte de Castilla que aun vive despues de 34 años y de cuyo ilustrado periódico fui el primer Director.

Creo haber desarrollado en el poco tiempo de que he podido disponer y venciendo las dificultades con que luchó siempre para hacerme oír, el tema anunciado, sin pretensiones de haber dicho un discurso; y, temiendo haber abusado de vuestra paciencia, concluiré permitiéndome por razon de mis muchos años, dar un consejo á mis amigos, y compañeros en la prensa que me honran oyéndome.

Así como en los artefactos, aun cuando sean juguetes para niños, se lee su procedencia porque en sus formas y detalles traen escritas con indelebles caracteres las costumbres de los pueblos que los fabricaron, la solidez (v. g.) y la sobriedad de adornos de los ingleses, el mercantilismo yankee, el positivismo filosófico alemán, el lirismo italiano, la elegancia y volubilidad francesas, y el sabor tauromaquico y *flamenco* español, así tambien y de modo más permanente la prensa periódica estereotipa mejor que los libros, á causa de la falta de preparacion y correccion de sus escritos, la fisonomía de la época, de la Nación y de la localidad. Y como no escribe solo para la generacion presente, que tiene otros medios para reconocernos, y como tenemos el deber de decir la verdad á los venideros para que no nos juzguen equivocada y des-

favorablemente como nos juzgan hoy los extranjeros, seria de desear que procuren los periodistas no manchar la rica habla castellana, la lengua que inmortalizó el gran Cervantes, el humilde soldado de Lepanto, con idiotismos germánicos de *caate flamenco* ni locuciones de Gitanos, Ladrones y Presidarios, cuyo uso es impropio de periódicos serios de los que deben reflejar las costumbres de la culta sociedad española y ser fieles representantes de la opinion pública.

HE DICHO

ALEJANDRO SANGRADOR.





UN CHOQUE EN CAMINO DE HIERRO

I.

J' aime passionnément les voyages. C' est la philosophie qui marche.

LAMARTINE.

Pocas veces soy afortunado en los viajes con los compañeros que la suerte me depara. No me agrada, sin embargo, viajar solo, porque el movimiento del cuerpo, cuando no es producido por nuestro sistema natural de locomoción, hace perder, sin duda, al espíritu en independencia, puesto que encerrado en un cupé, aunque me acompañe un buen libro, no puedo fijar en la lectura toda mi atención, y me aburro al momento. Prefiero, por lo tanto, y à pesar de todos sus inconvenientes, ingresar en el tumulto general de viajeros, entre los cuales permanezco aislado, encerrándome en un mutismo absoluto, como si estuviera oyendo misa, cuando su conversacion no me agrada, ó bien tomo en ella parte, si, por acaso, llega à interesarme; ya movido por ese espíritu de contradicción, tan útil al progreso, que à todos anima, ya para evitar que mi prolongado silencio se achaque à orgullo, ignorancia ó groseria. De todos modos, por grande que sea la velocidad del tren, como nunca puede compararse, con la de nuestra imaginacion, que redentinamente nos traslada al término de nuestro viaje, ó à los

confines mas remotos, el trayecto que tenemos que recorrer, abre un paréntesis en el curso ordinario de nuestra vida, rara vez agradable, y casi siempre molesto.

Para muchos viajeros este enojoso paréntesis se convierte en una fiesta continua.

Viajeros hay, cuya imaginacion se exalta de tal modo con el movimiento y cambio de impresiones, que no se dan momento de reposo. Todo es para ellos objeto de conversacion alegre, y cuesta trabajo desairar, con semblante sério, su benévola y comunicativa expansion. Dirigen la palabra á todo el mundo: hablan hasta con los sacos y mantas de viaje: «*eh! no te caigas! Estarás seguro?*» Se asoman sin cesar á las ventanillas, tarareando *sotto voce* alguna cancion favorita: se apean en todas las estaciones; y comen, ó beben alegremente en todas las fondas del tránsito. En fin el regocijo les sale por los poros, como á niños en dias de vacaciones.

En cambio se encuentran otros viajeros de caracter sombrío y taciturno, que á duras penas abandonan sus rincones: no experimentan necesidad alguna; y fingiendo casi siempre dormir, ó con el entrecejo fijamente fruncido, como abrumados por el peso de una desgracia, parecen fieras enjauladas, destinadas á algun jardín zoológico, dispuestas á gruñir y á echar la garra á todo el que intente sacarles de sus casillas.

Estas dos clases de viajeros se odian mortalmente. Triste impresion nos causa, en verdad, el aspecto de una fuente seca; pero el hombre que no habla, especie de reloj sin cuerda, nos inspira cierta repulsion recelosa, porque el silencio de la fuente no podemos atribuirlo mas que á falta de agua, mientras que el del hombre taciturno implica una mala voluntad, ó cierto desprecio ofensivo hácia las personas que le rodean. Yo prefiero, sin embargo la compañía de este viajero á la de otro demasiado locuaz. Pero cuando tenemos la fortuna de encontrar con personas, que distan igualmente de ambos extremos, entonces se establece facilmente una confraternidad simpática, que despierta la alegría en el ánimo abatido del viajero. Las relaciones entre personas mutuamente desconocidas, y reunidas por el azar para realizar un fin comun, adquieren muy pronto un grado de expansion *sui generis*, que puede, llegar, sin embargo, á tener funestas consecuencias para los que no saben hacer uso con prudencia de la libertad que dá el anónimo. Implica esta condicion, entre otras ventajas, cierto pres-

tigió inherente à todo lo desconocido, que sustituye la influencia de las posiciones sociales, bien ó mal ocupadas, con hipótesis fundadas en los méritos aparentes de cada una; y, si desengaño-mortificantes hiéren, á veces, el amor propio de algun personajes en cambio, otros que no lo son, pueden gozar de esta preeminencia con solo parecerlo. En todo caso, la igualdad de derechos, reconocida y practicada por todos, establece una armonía sumamente placentera, que excita alegremente la imaginacion, y nunca nos hallamos tan complacidos como cuando nuestras facultades intelectuales, sea por un motivo ó por otro, se despiertan y avivan. El cambio de ideas producido por este nuevo estímulo tiene para nosotros grande atractivo, y en algunas ocasiones mayor que el que puede ofrecernos el trato de las personas que ordinariamente frecuentamos. El viaje se convierte entonces en un verdadero placer, y hasta vemos acercarse el término con un sentimiento de pesar.

El aislamiento nos conduce al embrutecimiento y à la tristeza; y encerrados en un wagon, con la perspectiva de largas horas de fastidio, acogemos con anhelo todo lo que prometa abreviarlas de modo que el incidente mas insignificante adquiere inmediatamente para nosotros el mayor interés. Así para los prisioneros un insecto, una miserable hierba nacida en algun resquicio de un tragaluz agitada por la brisa exterior, un rayo de sol, penetrando fugaz en su calabozo, llegan à ser un entretenimiento de mas precio que una representacion teatral para el hombre libre.

II

De algunos de mis viajes no conservo ni el menor recuerdo. Pero no olvidaré jamás uno que hice de Madrid à Paris algunos años ha.

Habia tomado yo apenas posesion de un rincon, en un coche enteramente vacío, algunos minutos antes de arrancar el tren, cuando entró un jòven de unos treinta años, de aspecto *avenente*, como dicen los italianos y se instaló frente à mí. Luego ocupó el tercer rincon otro viajero: su rostro, adornado con una bella barba gris, reflejaba una bondadosa melancolia. Representaba unos cuarenta y cinco años. Inmediatamente despues entró y se instaló

frente á él, en el cuarto rincon, á mi derecha, otro viajero de más edad, fisonomía tétrica de carácter enérgico; porte marcial y grave.

Mientras colocaban sus mantas y sacos, el de la barba gris, que parecía jovial y expansivo, dijo:

—Si no entraran aquí mas personas pasaríamos la noche con toda comodidad: mejor que en un cupé. No había entonces en el tren *sleeping-car*.

—Pues para conseguir eso, repuso el jóven, no hay mas que asomarnos nosotros á la ventanilla con sacos y mantas, mientras que ustedes transportan en el interior mantas y sacos del uno al otro lado, sin cesar un momento, para simular tumulto de viajeros, con lo que seguramente ahuyentaremos á los que pretendan entrar aquí. Esta estratagema rara suele fallar porque cada viajero querría, á ser posible un wagon para si solo.

Se dió en el acto principio á la ejecucion de aquel plan de campaña, cuyo éxito correspondió á nuestras esperanzas, causándonos no poca risa ver á los viajeros chasqueados, que en los últimos momentos, apremiados con los repetidos avisos de la marcha, corrían anhelantes en busca de un refugio, y retrocedían espantados al acercarse á nuestro coche. Pronto puso fin á nuestra inquietud un agudo y prolongado silbido de la locomotora: siguió una gran descarga de vapor; y, despues de dos fuertes resoplidos, crugieron las ruedas de todo el tren, que emprendió la marcha al compas marcado por el consabido *chun... chun*.—.. *chun*;—.. *chun... chun... chun...!*

—Nos hemos salvado! exclamamos todos á la vez, dejándonos caer en nuestros asientos.

Hasta los hombres más graves se convierten en niños en algunas ocasiones, pues celebramos la victoria alcanzada con una algazara propia de colegiales, estableciéndose desde luego entre nosotros, por la complicitad en aquella jugarreta, una alianza franca y cordial, que auguraba un viaje mucho mas agradable que si cada uno de nosotros hubiera permanecido encerrado en su personalidad.

Mantenia nuestro buen humor una conversacion cada vez más íntima animada y jovial: se referían historietas y aventuras de todos colores, relativas, las mas, á las flaquezas humanas, que son la parte cómica de la vida, y las oímos siempre con interés, y las

celebramos como si nosotros mismos estuviéramos exentos de caer en ellas, cuando quizá, el que más sorpresa manifiesta, incurre en otras más ridículas ó degradantes. La cultura es un manto de hipocresía. Y sobre esto mismo decía el joven:

—El pudor, señores, es el diapason normal de la moralidad; pero no tiene una nota fija como la música. El individuo á solas representa la nota más baja y en público la más alta. Estas historias que nos referimos aquí en alta voz, si en vez de ser nosotros cuatro, fuéramos doce, nos las comunicariamos en voz baja y al oído, y habrán ustedes observado en todas las tertulias que el tono de la conversacion va cambiando, á medida que aumenta ó disminuye el número de los tertuliantes.

—Siempre ha llamado mi atencion, repuso el de la barba gris, que siendo las mugeres tan pudorosas repugnen menos el confesionario que los hombres.

—Toma! contestó el joven, eso consiste en que mortifica mucho menos confiar nuestras flaquezas á las personas del sexo opuesto, que son mucho más indulgentes. Si los hombres pudieran confesarse con las mugeres estarian las iglesias llenas de penitentes.

Signió á esto una discusion tan interesante como erizada de inconvenientes para ser aquí reproducida, y solo diremos por lo tanto, lo que sin violar las leyes del pudor decirse pueda, pues respetamos en sumo grado, tan delicado sentimiento.

El caso es, decía el de la barba gris, que en nuestro planeta se está representando sin cesar una portentosa comedia. La vida de la humanidad es una noria, ó como se ha dicho y pensado quizá mil veces, un organillo cuyo cilindro, una vez terminada la vuelta empieza á tocar de nuevo la misma cancion, si bien con variaciones, porque lo antiguo renace á impulsos del gusto moderno. Se divertirá con esta monotonía al que hace girar la cigüeña. Preciso es confesar, atribuyéndole nuestro criterio nacional, que, si se divierte con nosotros, tiene un gusto bien cruel, porque no nos deja un momento de reposo. A las dificultades para procurarnos el sustento que son causa y origen de tantos sinsabores, agrega mil enfermedades y no satisfecho aun con esto, nos asusta cuando se le antoja con relámpagos, truenos, rayos, inundaciones y terremotos haciéndonos ver que nuestra vida está siempre pendiente de un hilo. Ustedes convendrán conmigo, á poco que reflexionen, que no es posible inventar una série mas variada de sobresaltos. Nos de-

fundemos con gran tenacidad, pero ni siquiera nos es dado disfrutar tranquilamente del bienestar relativo conquistado, porque amarga nuestra dicha pensar un momento en las penas que afligen á nuestros semejantes.

Nuestra ciencia para remediarlas ó aliviarlas parece inspirada por un espíritu infernal. Encuentra el camino llano para realizar el mal, y tropieza con mil obstáculos para producir el bien. Inventa mil aparatos ingeniosos de destrucción, descubre y prepara mil venenos activísimos que nos privan instantáneamente de la vida, eso sí; pero encontrar una substancia para curar repentinamente nuestros males eso no! Vivimos y andamos con los ojos vendados, de modo que tropezamos aquí y nos rompemos la crisma acullá. Viajando hace años en diligencia, por la noche, dormían todos los viajeros; y, soñando uno de ellos que le pegaban de bofetones, empezó á descargar puñetazos sobre su vecino; éste, desparovido, sacude al suyo, aquél al que sigue, armándose en un instante en el interior del coche, tal tumulto y lluvia de bofetones que nadie se entendía, ni podía averiguar el origen y motivo de aquel chubasco. Pues esta es en compendio la historia de la humanidad! Unos son de opinion de someterse de buen grado á tan duras pruebas. Otros tratan de evitarlas. A estos me atengo. Creen los primeros preparar la felicidad para otra vida sufriendo con resignacion las penas que nos afligen en ésta. Son más afortunados que los segundos, porque hallan el camino mas expedito para realizar su ideal, por más que sea contrario al voto de la naturaleza que tiende constantemente al bienestar. Perderán ese trabajo? Serán más desgraciados que aquellos que solo atienden á satisfacer sus pasiones, sin sujetarse á ninguna ley moral?

—Pues, quien puede poner eso en duda? replicó el grave. Sabido es que no se mueve en la tierra una hormiga sin que de ello se resienta el sistema planetario, y sin que una fuerza compensadora deje de acudir inmediatamente á restablecer el equilibrio. Sabido es tambien que la Tierra está poblada de ángeles y demonios, y que los unos son victimas de los otros. Ahora bien; las leyes de la fisica celeste nos son perfectamente conocidas, porque se reproducen en nuestro propio ser; y como en nuestro espíritu brilla constantemente un ideal de justicia perfecta; ¿no ha de ser este ideal igualmente reflejo de la justicia que anima á aquel que mantiene en constante y perfecto equilibrio las esferas celestes?

Si en el orden físico no deja impune el menor desliz; lo perdonará en el orden moral? Es posible admitir que los que sufren, y los que gozan, los enfermos y los sanos, los pobres y los ricos, los desgraciados y los felices, los virtuosos y los criminales salgan de este mundo todos con iguales condiciones, y vayan todos a parar en repugnante confusión a la fosa común del no ser? Alégrese ustedes, señores, hay infierno.

—Todo eso parece muy bien, repuso el joven; pero como nuestro raciocinio es subjetivo no podemos saber si las leyes de la física celeste, que pretendemos conocer, son en realidad lo que pensamos; y por lo tanto la inducción analógica no es suficiente para demostrar la justicia divina. Entre nosotros, tres y dos son cinco, pero es posible que en otro planeta sean ocho, y que en otro no se conozca la aritmética. Según esta filosofía no hay ni buenos ni malos, ni desgraciados, ni felices. El bien y el mal todo es obra de la naturaleza, y por consiguiente ella es la única responsable. En todo caso, entre el asesino y la víctima esta es más afortunada, porque se considera a la muerte como el supremo bien.

—Se oye cada cosa replicó el grave apretando los puños y meneando la cabeza, que le revuelve a uno la bilis. Esa filosofía estupefaciente no puede destruir el ideal de perfección moral que anima nuestro ser: y por lo tanto para los habitantes de esos planetas, que ignoran la aritmética, no habrá infierno, ni me importa que lo haya; pero para los del nuestro, que, además de la aritmética, saben la gramática parda, sí y mil veces sí.

Estas controversias absorbían nuestra atención de tal modo que dejábamos pasar estaciones y pueblos sin hacer alto en ello. Indudablemente aquel era el mejor modo de viajar, y en ello convinimos todos.

—Las molestias decía el de la barba gris, son todas para el que viaja solo. Duerme sin necesidad; es decir, se amodorra y acalora; se cansa, se aburre; come sin gana para entretenerse con algo, por distracción. Su espíritu llega a perder, con la monotonía prevista, la actividad ordinaria: se distrae, y a veces pasa del término de su viaje, así como en otras ocasiones se queda rezagado en alguna estación, viendo hasta con indiferencia marchar el tren, si no le despierta con una interjección expresiva de su mal humor.

—Tan cierto es todo eso, contestó el joven que el año pasado

se me escapó á mí el tren en Avila, por hallarme en ese estado de indiferentismo, producido, á no dudarlo, por el aislamiento de mi espíritu: y en otra ocasion, por poco me quedo rezagado en Venta de Baños, lo que hubiera sido mejor para otro viajero, que pagó inocentemente las consecuencias de mi falta de atención. Cada vez que paso por allí, ó recuerdo el caso, se avivan mis remordimientos. Serian las nueve de la noche: tomaba yo una taza de café á toda prisa, porque oía cerrar las portezuelas de los carruages, y las voces: «*Señores viajeros al tren!* Tiro dos pesetas al camarero, corro al coche, tropiezo al entrar con otro viajero, que sale precipitadamente con un gaban al hombre; creo que es el mio, emprende el tren la marcha, y desde la ventanilla grito: *Eh! caballero! ese gaban es mio! Está usted en un error! Es muy mio! responde. Aquel caballero me lleva el gaban!* digo en voz más alta á dos guardias civiles, que veo en el anden: se arrojan estos en el acto sobre el viajero, tira uno de una manga del gaban, otro del cuello: el desventurado viajero se defendia como si le desollaran vivo, y me enseñaba el puño apretado, amenazador, mientras yo me alejaba. Cuando perdí de vista aquella rapidísima escena, y me retiré de la ventanilla; cual no seria mi asombro al ver que no me hallaba en mi sitio! Salí en la primera estacion para ocuparlo, y hallé mi gaban donde lo habia dejado! Imposible era ya remediar el mal causado; y si bien aquel extraño caso me hacia reir á carcajadas, no pude dormir en toda la noche, pues veia entre las sombras aquel puño amenazador, que me perseguia pidiendo venganza.

—Yo no sé como se habrá desenredado aquel lío: mi enérgica denuncia debia de tener para los civiles la autoridad de una declaracion hecha *in articulo mortis*. No hay vez que por allí pase que no se me figure tropezar con aquel desconocido, que, si me encontrara, me haria pagar, seguramente, la broma tan caro como merece.

III

Todos celebramos grandemente el caso; y luego el de la barba gris dijo:

—El aprieto en que dejó usted á ese desventurado viajero me recuerda ó mi otro análogo, si bien algo mas grave, que hice pasar á un italiano hace algunos años.

—Me hallaba yo en Valladolid y ocupaba en la fonda un cuarto con dos camas. Pagaba las dos para evitar la molesta compañía de desconocidos. No son todos los viajeros tan exigentes; y estos cuartos con varias camas son, por otra parte, muy útiles á los fondistas, y convenientes á veces para amigos que viajan juntos, ó para personas de una misma familia. En las fondas de inferior categoría se encuentran habitaciones hasta con cinco y seis y mas camas, y esto és mucho mas decente todavía que las camas *ómnibus* de los *albergi* italianos, lechos inmensos en los cuales se van acostando los huéspedes y viajeros, segun van llegando, hasta formar un verdadero campamento de durmientes.—En los grandes hoteles modernos goza el viajero de una independencia poco conveniente en caso de enfermedad; pero en los pequeños, especialmente en provincias, llega á ser considerado á los pocos dias de residencia, como un miembro de la familia del dueño, y tratado con un afecto al que es preciso corresponder, en algunas ocasiones, con molestas complacencias.

Sucedió, pues, volviendo á mi cuento, que hallándome yo una noche acostado, y leyendo en la cama, entró en mi cuarto la dueña de la fonda, suplicándome encarecidamente, con las mejores razones, que permitiera dormir aquella noche en la otra cama á un caballero italiano, que debia de marchar al dia siguiente temprano. Accedí, en la apariencia de buen grado, pues, en realidad, maldita la gracia, me hacia la compañía de aquel intruso; y poco despues entró un mozo con un baul, y el caballero italiano detrás. Me saludó éste muy cortesmente, dándome las gracias por mi condescendencia. Me llamo, dijo, Nicolo Radici, y en Génova me tendrá usted á su disposicion. Estaba muy resfriado y se acostó enseguida; y obedeciendo yo entonces á un sentimiento de atencion muy natural, suspendi mi lectura, le di las buenas noches, y apagué la luz.

Yo no me duermo facilmente sino en la habitacion y cama de mi uso habitual. El menor cambio en esto produce en mí el efecto de una taza de café; y aquel incidente perturbador bastó para ahuyentar de mi al tímido sueño que exige una tranquilidad completa de espíritu para tomar posesion de nuestro ser. Fingi dormir, y empezaron á cruzar por mi mente mil ideas extrañas acerca de mi improvisado huésped. Respiraba este fuertemente con la boca abierta, por estar resfriado, pero se me antojó que tambien fingia

dormir. Mantenía esta idea en mi espíritu en atenta vigilancia pero tanto se prolongó aquella situación que, al fin, casi en una especie de sopor, sin perder totalmente el conocimiento. Poco tiempo despues me hizo recobrarlo por completo un ruido extraño, y medio sobresaltado, encendiendo á toda prisa la bugia, pregunté:

—Qué hay? qué es eso?

—Nada, nada, respondió el italiano, que se hallaba en cuclillas con las manos metidas en mi baul.

—Buscaba un pañuelo para cubrirme la cabeza, que me molesta con un fuerte resfriado, y, para no despertar á usted, no habia querido encender la bugia.

—Y así estaba usted, repliqué yo, buscando ese pañuelo en mi baul

—*Oh corpo di Bacco! keusi!*

Se dirigió entonces á su baul: sacó de él al momento el pañuelo que deseaba; y pidiéndome mil perdones se volvió á meter en la cama. Apagué de nuevo la luz para recobrar el interrumpido reposo; pero la situación se habia agravado; y alarmado con aquella escena, que se prestaba á interpretaciones tan poco tranquilizadoras, me era imposible conciliar el sueño, por mas esfuerzos que hacia para lograrlo. Empleaba sin éxito alguno los medios que se aconsejan para ello, ya manteniendo los ojos abiertos fijos hasta cansarlos, ya pensando en alguna cascada. Pero por mas que me imaginaba contemplando la del Niágara, lo que realmente creía ver en la oscuridad, era al italiano acercándose en silencio á mi cama con un puñal en la mano. Aquella vision dramática me hizo recordar escenas análogas presenciadas en los teatros; y se eslabonaban con tan viva rapidez en mi imaginacion que parecia haberse convertido en una verdadera linterna mágica. No fué sinó despues de largo rato cuando empezaron, por fin, á desvanecerse aquellas quimeras; y luego que la masa cerebral hubo recobrado el reposo me quedé profundamente dormido.

Cuando me desperté eran ya las diez de la mañana. Me incorporo, veo que habia desaparecido el italiano, y con él, oh sorpresa! mi baul! Salto de la cama lleno de ira, me visto en un instante, y á toda prisa corro á ver al Gobernador, que era precisamente amigo particular mio. Le referí el caso, y acto continuo dirigió telégramas á sus colegas de Burgos, Vitoria y San Sebastian. Y ahora, me dijo, me acompañará usted á almorzar mientras llega

la respuesta, acepté con mucho gusto, y, al levantarnos de la mesa, llegó la contestacion del Gobernador de Vitoria, que decia: «*Detenido súbdito italiano Radici. Protesta, y pide daños y perjuicios. En furgon equipages no se halló ningun baul señas indicadas.*»

Toma! dije yo, lo habrá abandonado despues de sacar el contenido.

Pero vuelvo à la fonda: y, oh estupefaccion! lo primero que veo al entrar en mi cuarto es mi baul. Llamo, pido explicaciones acerca de su desaparicion, y me dicen que al sacar por la mañana temprano y sin luz el baul del italiano, los mozos se habian equivocado bajando primero el mío al despacho; y que por temor de despertarme habian juzgado mas conveniente dejarlo alli, hasta que yo me hubiese levantado. Volví corriendo à ver al Gobernador para participarle el hallazgo; y riendo à carcajadas me preguntó: Y qué hacemos ahora del italiano? *Scusi* le contesté. Yo le he hecho perder el tren: pero váyase esto en pago de la mala noche que él me ha hecho pasar à mí.

Se suplicó al Gobernador de Vitoria que diera à Radici una satisfaccion cumplida, y no he vuelto à tener de él mas noticia.

CONTINUARÁ

DAVID PRADA.





HEMEROTESA
MUNICIPAL

MADRID

DATOS HISTÓRICOS
Referentes al Reino
DE
NABARRA.



CONTINUACIÓN.

Aunque se suponga muy grande la cantidad de elementos alienígenaa existentes en Navarra, comparados con la población indígena quedan reducidos á una ínfima minoría.

«Nosotros no datamos,» contestó un bascongado á un orgulloso Montmorency que presumía por los años mil de nobleza de su familia. Con todo, ésta prehistórica Euskaria, un único título indubitado que acrediten sus remotísimos orígenes nos presenta: la lengua.

Mas, por desgracia, de esa lengua tan antiquísima ningun documento que merezca, de véras, el dictado de antiguo ha llegado á nuestras manos, mientras que las lenguas, en comparación de ella, modernísimas, que la rodean de ufanan con una larga série de documentos escritos que permiten notar las más leves transformaciones de ellas durante varios siglos.

El primer libro bascongado que se imprimió, lo fué en el año 1545; su autor el poeta Bernardo de Echepara de Eyheralárre, al escribir el «contrapás» y la «santrela» con que dió cabo á sus poesías, tuvo una feliz inspiración cuando, encarándose con el

euskara y refiriéndose á la circunstancia de que se daba á la estampa un libro en bascuence, dijo

«*Heuskará*

Jalgi adi mundurá»

«Euskara—Sál al mundo» porque, en verdad, vivía como enterrado en sus montañas, sin solicitar la atención de nadie y á buen seguro que, para muchos, fué como si entonces, realmente, viniese á la luz de la vida.

Las Poesías de Echepare son el primer documento escrito en bascuence de que se tiene noticia. Trescientos cuarenta y tres años de antigüedad para una lengua que ha sonado en la edad de piedra, es una antigüedad irrisoria. A Dios gracias, nos es posible estirar un poquito mas la historia, no de la lengua, sino de algunos de sus vocables, porque hay manuscritos y lápidas, anteriores á esas Poesías, los cuales nos han conservado palabras sueltas, tanto mas preciosas cuanto mas añeja es su fecha y menos abundantes sus fuentes.

Se nos muestran la raza y la lengua euskaras totalmente aisladas, planteando un interesantísimo problema, hasta hoy irresoluble, ante la Etnología y la Lingüística. Borrado los demás vestigios de lo pasado, podrá ser la lengua una hebra de oro que guíe los pasos de los sábios por los laberintos de ésta suerte de investigaciones. Así es que, cuanto se refiere á la historia del bascuence, es de importancia suma. A medida que se levanten jalones entre el estado actual de la lengua y otros estados anteriores, se disiparán dudas y se aplanarán dificultades.

La cuestión del iberismo, siempre pendiente y abierta, depende, en su más granada parte, de los progresos de la euskarología. Los argumentos sacados de la similitud que se observa entre los nombres toponímicos iberos y los bascongados, así como la explicación etimológica de aquellos por raíces y sufijos euskaros, presuponen un estado, en cierto modo, estacionario del euskara, pues claro es que, faltándonos, como nos faltan, todos los anillos intermedios, de haber sido continua la evolución de esa lengua, no nos sería posible reconocer sus congéneres en las lenguas ibéricas y á nadie se le hubiere ocurrido semejante identificación. El estacionamiento muchos lo reputan inadmisibles y les sugiere argumentos en contra del ibero-euskarismo. «La homofonía á luengos siglos de distancia, lejos de ser una razón etimológica, es un motivo para desconfiar. ¿Otra es la índole del bascuence? Ha resistido esta lengua, por propiedad ante-séptica que le sea ingénita, á la corrupción propia de todas las lenguas?» (1). Problema es este que úni-

(1) Objeción propuesta á Mr. Luchaire por Mr. Gaindoz en la «*Revue Celtique*».—Véase «Observaciones acerca de los nombres propios bascongados, contenidos en algunos documentos pirinaicos de los siglos XI, XII y XIII» por Mr. A. Luchaire.

camente con hechos á la vista se puede resolver; y qué en mi concepto, está resuelto con ellos en contra de la objecion.

Suspende y maravilla que las palabras euskaras recogidas en los documentos de la Edad-Media (siglos XI, XII, XIII y XIV) ostentan, casi siempre, la misma forma en que actualmente se nos presentan. Por lo tanto, para un número, muy pequeño, es verdad, de palabras, pero que diariamente irá aumentando, sabemos que durante un período de cinco, seis, siete y ocho siglos han permanecido invariables, mientras que las lenguas modernas, durante ese mismo período, alteraban gravemente la mayor parte de sus vocablos, como lo demuestran esos mismos documentos. La propiedad ante-septica que revela el bascuence desde hace cinco, seis, siete y ocho siglos á ésta parte, no la habria adquirido entonces, sino que seria propiedad natural de ese idioma, y por induccion legitima, se la puede suponer causando efecto mucho más atras.

El bascuence, en el diminuto territorio en que hoy está recluido, aparece subdividido, según la clasificacion del insigne Príncipe Bonaparte, en ocho dialectos, veinticinco sub-dialectos y cincuenta variedades. De suerte que en este idioma concurren dos cualidades que parecen excluirse: extremada variabilidad en el espacio y extremada continuidad en el tiempo. Los hechos son tal y como los expongo: su razón la desconozco.

El boceto histórico de la lengua euskara se divide en dos partes, correspondientes á dos épocas, en relacion á las fuentes que suministran los elementos que sirven para trazarlos: 1.^a época, clásica (informes de los geógrafos é historiadores greco-latinos, medallas, monedas, lápidas etc.); 2.^a época, medio-evál (informes de los cartularios, fueros de poblacion, privilegios, roldes de cuentas, escrituras privadas etc.) Ahora no me ocupo sino en la segunda, y circunscribiendome á los documentos del Archivo de la Diputacion de Navarra que tengo examinados: excepcionalmente aprovecharé algún otro.

Los documentos medio—evales suministran dos clases de palabras: nombres de persona y nombres toponímicos. Estos segundos me obligan á entrar de lleno en el árduo y resbaladizo terreno de la etimología. Con unos y otros nombres se puede formar un pequeño vocabulario histórico de la lengua. Debo advertir que no me propongo en tanto grado interpretar los nombres euskaros, como aislar sus palabras componentes para fijar desde cuando son conocidas las formas que ostentan: la puntualizacion del tiempo nos señalará, naturalmente, la edad mínima de la palabra, cuya existencia anterior al documento más remoto que la mencione, permanecerá envuelta en sombras, mientras no aparezca otro documento más antiguo aun con expresion de ella. Tampoco me importa dilucidar el origen de dichas voces; para hallar cabida en mi vocabulario basta que estén asimiladas por influjo del especial fonetismo euskaro.

Respecto al significado de las palabras, en la casi totalidad de los casos, ninguna prueba directa cabe aducir de que es el mismo de hoy y presupongo que así es, efectivamente. Si encuentro, p: eg: *arri*, que en la actualidad significa «piedra», no me queda otro arbitrio que suponer que también significaba «piedra» anteriormente. Pocas veces, aunque algunas, los documentos traen una traducción latina ó románica del vocablo bascongado; las pocas veces que esto sucede, por felicísimo modo, resulta que la significación se ha perpetuado.

La obra que acometo, y en la cual doy por supuesto el conocimiento del sistema fonético euskaro (1), pues no he de entrar en más discusiones de esta especie que las que me parezcan estrictamente necesarias, en casos dudosos, presenta muchas dificultades: enumeraré los demás bultos.

(a) Varias raíces y palabras han desaparecido. Hay que dejarlas en blanco ó suplirlas con hipótesis muy peligrosas en materia etimológica. En éstos casos es más prudente la abstención.

(b) En los nombres topográficos que son la mayoría de los nombres euskaros de localidad, entran varios componentes, por lo común, contraidos. La composición topográfica suele ser susceptible de varias descomposiciones, igualmente plausibles en teoría. Para conocer si se había acertado, ó nó, con la verdadera interpretación sería preciso estudiar *de visu* la topografía de la localidad, trabajo superior á los medios de una sola persona. Además, ciertos accidentes topográficos se mudan con el trascurso del tiempo y la inspección ocular de nada serviría.

(c) Los nombres locales se imponen, á veces, porque concurren en la localidad circunstancias especialísimas y transitorias; desaparecen éstas, y el uso popular, acaso muda la palabra primitiva en otra que se le asemeja eufónicamente y que nada tiene que ver con ella. Si la historia no ha consignado las circunstancias al registrar el primer nombre, el segundo induce á una falsa etimología. Tal sucede, p: ej: con la *Rue des Ours*, «calle de los Osos» de París que antiguamente se llamó *Rue des Oues* (oies) «calle de los Gansos», porque en ella habitaban los guisanderos que asaban dichas aves llamadas *oyers* ú *oyeurs*.

(d) Los nombres euskaros á menudo han sido transcritos por personas que ignoraban la lengua euskara, y siempre con ortografía románica ó latina. La ortografía nos oculta unas veces los sonidos castigos y otras altera de tal suerte la fisonomía de las palabras que hace difícil reconocer su oriundez. Cuando vemos escrito *Li Ressoyn* por Larrasoña, *Oualdi* por Hugalde, *Baudesteng* por Badoztain, *Larceveau* por Larzabal, *Lantabat* por Landibarre, *Irad-*

(1) Véase mi folleto «*Ensayo acerca de las leyes fonéticas de la lengua euskara*» y la lección 3.^a de mi *Gramática de los cuatro dialectos literarios de la lengua euskara*.

cesbau por *Iratzizabal* etc., etc. no podemos ménos de récelar que habrá nombres de cepa euskara tan completamente disfrazados que no se nos ocurrirá reivindicarlos. Los franceses por la tendencia de su idioma á contraer las sílabas y á apagar los sonidos, son especialmente muy dados á desfigurar las palabras que les son extrañas.

(e) La modificacion de los sonidos representados por ciertos signos gráficos, ó sea, la atribucion á éstos de otros sonidos diferentes de los que se les atribuyeron primitivamente, ha originado una alteracion correlativa en los elementos fónicos de la palabra. Esta alteracion ha sido más grave en el bascuence por el usode una ortografia extranjera. La *x* en castellano representa un sonido doble, el sonido *cs* ó *gs*, el cual, en muchísimos casos, ha sido sustituido por el gutural fuerte *j*: *relox* se pronuncia hoy *reloj*, *box boj*, *carcax carcax*, etc. El signo *x* pareció en algunos que era el más apropiado para representar los sonidos euskaros de *ch* chuintante y de *ts* sibilante palatál y *tz* sibilante dentál; de aquí proviene que hoy ostenten *j* palabras euskaras que nunca la tuvieron: *Uxué* suena hoy *Ujué*, *Artaxona* Artajona. *Olexua* Olejua, *Baroxa* Baroja, etcétera por lo que están completamente desfigurados *tsu* (abundancial), *otz* ("frío,") etc.

(f) Varios pueblos llevan dos nombres, el uno vulgar, usado en el país donde se hallan enclavados y el otro oficial, pero ambos bascongados, ó por lo ménos, si el oficial no lo es, puramente, de fisonomia vascongada, P: ej: á *Orbaiceta* la llaman *Orbasta*, á *Salazar* *Zaraitzu*, á *Ochagabia* *Otsagi*, á *Iaurieta* *Laurta*, á *Ibilceta* *Ibizta*, á *Ripalda* *Errepalda*, á *Uscarrés* *Uskartze* (1) Los nombres oficiales, es decir, los nombres escritos perpétuan invariable su forma que vá desfigurándose por el uso diario con la intercurrenzia de fenómenos fonéticos perfectamente conocidos. (2) A menudo la forma oficial será la verdadera, pero quien nos ha de afianzar frente á otra vulgar, que fué bien tomada al oído en el instante de la primera transcripcion. En ocasiones, sin duda, conviene adoptar la forma vulgar porque conserva mejor sus elementos formativos ó sugiere una etimología, resultado difícil ó imposible de adoptarse la oficial. P: ej: entre *Zaraitzu*, *Errepalda*, *Uskartze* etc. de una parte y de la otra *Salazar*, *Ripalda* y *Uscarrés*, merecen

(1) Bonaparte *Etudes sur les trois dialectes basques des vallées d, Aezcoa Salazar et Roncal*:

(2) Los fenómenos fonéticos mas importantes á que aludo son: 1.º permutacion de vocales y consonantes (p: ej: las vocales sonoras se apagan y debilitan, las consonantes duras ceden el puesto á las suaves); 2.º elision de letras y sílabas (apócope, supresion al fin de la palabra; aféresis, supresion al principio); 3.º intercalacion de letras de ligadura, epentéticas y eu-fónicas; 4.º contraccion de palabras. El principio á que obedecen muchos cambios es el que los lingüistas llaman principio del menor esfuerzo.

la preferencia las primeras formas. Pero cuando tanto el nombre oficial como el vulgar son susceptibles de interpretación igualmente plausible, por cuál de ellas nos hemos de decidir? No corresponde, en mi opinión, formular reglas absolutas, y cada caso particular hay que estudiarlo cuidadosamente, empleando, sobre todo, el método comparativo. La confrontación de las formas vulgares con las oficiales, nos suele suministrar la clase para resolver ciertas contracciones de que otra suerte permanecían recónditas.

(g) El bascuense posee sufijos que únicamente se usan en la toponimia, pero que, por haber desaparecido de la composición y derivación de los demás nombres solamente nos demuestran un significado vago y general. P: ej: las abundanciales *aga* y *eta* que unidas a un nombre indican su abundancia: *arrieta* y *arriaga* «pedregal». Pero quién duda que primitivamente *aga* y *eta* alguno otro accidente denotarían, y que, por lo tanto, *arrieta* y *arriaga* aunque para nosotros hoy significan «lugar de muchas piedras» simplemente, calificarían con alguna nota especial esa abundancia?

Hasta qué punto son fehacientes los documentos de la Edad-Media en la materia de un estudio histórico de la lengua bascongada? Hé aquí un punto muy interesante, traído al debate, con su ingénita discreción por el Príncipe Bonaparte..... «cree (Mr. Vinson) radical y perentoria en demasía nuestra opinión acerca del crédito que merece el testimonio de los cartularios. Apuntaremos que no los hemos repudiado para todas las cuestiones, sino para las cuestiones de etimología bascongada, y si persistimos, hoy más que nunca, en repudiarla, se debe a nuestra opinión de que no es posible admitir que los documentos, por remota que sea su antigüedad, sirvan de algo en la explicación etimológica de los nombres de lugar bascongados, mientras no se comience por probar que dichos nombres están citados en lengua bascongada y de ninguna suerte en el latín barroco ó en el Dialecto romance de los cartularios. *Tardets* difiere bastante de *Atharatzé* y *Lekhuine* (morfológica ya que nó ideológicamente) de *Bonloc* etc. Y así como *Lóndra*, *Lóndres*, *Inghilterra*, *Inglaterra*, *Angleterre*, *Parigi*, *Aquisgrana*, *Aix-la-Chapelle* no són palabras inglesas, ni francesas ni alemanas puestas en vez de *London*, *England*, *Paris*, *Aaschen*, tampoco los nombres de los cartularios latinos son palabras bascongadas, ó cuando ménos, es imposible aducir prueba de que lo són, por falta de documentos bascongados de la época» (1).

La objeción es grave, pero se estiende demasiado. El valor de los datos que suministran los documentos, depende, en muchos casos, de la nacionalidad de los amannenses que los escriben. Las personas que no han nacido en país bascongado, ó en un Estado del cuál no formen parte elementos euskaros, por su falta de hábito de oír ésta clase de nombres, los desfiguran más fácilmente.

(1) *Etymologie du nom de Bayonne* etc.

En los *Comptos* de nuestros Archivos, rendidos por oficiales franceses que se valían de amanuenses franceses, aparecen nombres muy alterados: procede, por lo tanto, abstenerse de formar juicio, hasta vér corroborada la alteración en otros documentos redactados por personas del país. Los documentos traen muchísimos nombres bascongados correctamente escritos, tal y como se pronuncian y llaman actualmente en el mismo país. Otras veces nos han conservado las formas más puras é integras. Hé aquí un ejemplo: cerca de Pamplona hay un pueblecito llamado *Mendillorri*, cuya etimología, dada esta ésta forma, originaría dudas y dificultades; pero en varios documentos lo vemos escrito *Mendidorri* «Monte-espino», y las dudas se disipan y se aplanan las dificultades. Es decir que no se debe repudiar en globo los documentos, sino comparar y estudiar sus datos, someterlos á una selección. De su estudio y comparación claramente ha resultado para mí que son, en general, los de esta región por lo ménos, dignos de crédito.

Me ha parecido necesario poner por delante las dificultades de más importancia con que se tropieza en materia de etimología. Así habrá indulgencia para los errores que cometa y menorextrañeza de que cuide de sostener bien refrenada la imaginación, sin empacho de declarar lo dudoso como dudoso y de confesar lo ignorado como ignorado. Que reunir los vocables iguales en su forma á los que figuran en los nombres toponímicos, y suponer gratuitas contracciones é inventar formas desconocidas, mas ó menos plausibles, y encadenarlas unas á otras por soñadas transiciones y manipular desenfadadamente las palabras hasta conseguir vestirlas con una significación cualquiera, es empresa tan fácil como llena de descrédito para éste linaje de estudios. Sobre todo no hay que olvidar que tratamos de nombres de lugar, de nombres topográficos, como lo olvidó Aizkibel al traducir *Guendulain* por «tanto como para quitár», *Katalain* por «tanto como para catár», *Azelain* por «tanto como para llenár», *Albear* por «necesidad de podér», *Abaigar* por «secarse la boca», *Abaiz* por «cura, presbitero», *Abalzisketa* por «melodrama» etc., etc. (1), etimologías disparatadísimas, pero acaso, dado el conocimiento que del euskaro poseía Aizkibel más perdonables, con serlo poco, que la de *Irache* «duende, fantasma» é *Iracheta* «sitio de duendes», por ser *Iratze* uno de los nombres del helecho, hoy usado corrientemente en varias regiones de la Euskal-Erria.

ARTURO CAMPION.

(1) Véase los nombres apantados en un *diccionario basco-español*, paj: 1068, 1090, 1042.



AFRICA EN EL SIGLO XIX.



No hay un puñado de tierra
sin una tumba española.

I

El estudio del planeta que habitamos es, sin disputa, uno de los más curiosos é interesantes para el hombre.

La moderna perseverancia en su afán de inquirir é investigar los grandiosos misterios de la naturaleza, obligò al ilustre y erudito Cortambert à definir la ciencia geográfica, diciendo de ella que era «el conocimiento perfecto del presente, aplicado al globo de nuestro dominio, que hoy conocemos en todas sus partes merced á los progresos de la geografía.»

La antigüedad de esta habitacion que nos sirve de morada es tan remota que nuestra vista se pierde y nuestra razon no alcanza á determinarla con precisión. Acudimos al primer monumento escrito de que tenemos noticia, comenzamos la lectura del Génesis, libro de oro del mas admirado legislador del mundo y en su primera línea se consigna que «EX EL PRINCIPIO CRIÓ DIOS EL CIELO Y LA TIERRA» ¡Sublimes é incomprensibles palabras que

condensan en exacta síntesis la divina obra de la creación, obra colosal, magnífica, tan magnífica y colosal como resulta su Omnipotente y sapientísimo autor!

En ella encontramos y ante nuestra observación se ofrece, sin grave esfuerzo, esa prodigiosa unidad, desenvuelta en variedad de matices, todos bellos, todos ricos, todos mostrando una lozanía y exuberancia de vida, cual, si á su través, pretendieran reflejar, siquier sea pálidamente, al enérgico y prepotente arquetipo de la vitalidad. Aquí, la costra terrestre erizada de abruptas montañas; allá la dilatada y uniforme llanura de los desiertos y de las pampas; de un lado, la límpida y cristalina superficie del Océano; de otro, las profundidades sublimes de los mares, ofreciéndonos nuevos mundos de prodigios y de seres y de abismos que escitan nuestra admiración y nuestro entusiasmo; y recubriendo todo esto, cual tenue y sutilísima gasa, aparece la atmósfera suave y vaporosa, permitiéndonos su transparencia apreciar esos miles de millones de puntos que llamamos astros y que anonadan nuestra inteligencia, haciéndonos comprender nuestra pequeñez y limitación, ante lo inmenso, ante lo vasto del Universo creado.

Todo esto cabe dentro de la geografía en sus diferentes secciones; la astronomía se ocupa de los mundos estelares, dándonos á conocer los motores que alimentan y sostienen á nuestro insignificante planeta; la física estudia las sustancias que llamamos tierra, agua y atmósfera, y los fenómenos que en las mismas se originan; y la política ó descriptiva, en sus varias manifestaciones, nos dá cuenta de los pueblos que se han distribuido el dominio de la tierra, nos explica los esfuerzos de la especie humana para hermosearla y embellecerla, describiendo en pintorescas páginas los lugares de las grandes epopeyas históricas, la cultura de las naciones, los vínculos de unión entre unas y otras razas, tribus y familias, sus fuentes de riqueza, como su agricultura, su industria, comercio, etc., todo en fin, cuanto tiende á ofrecernos en hermoso aunque escueto bosquejo, el brillante cuadro de la viviente humanidad.

La ciencia geográfica, al igual de las demás comprende diferentes estudios y entre estos los que hoy mas llaman la atencion, por los beneficios que de ellos se obtienen son los que podriamos denominar, *descubrimientos geográficos*, esos descubrimientos que tan vivamente interesan y atraen nuestro corazon.

El que un hombre, guiado por sentimientos tan grandes, tan nobles, tan elevados como son el amor à la religion y el amor à su pátria, se lance á través de lo desconocido para dar nuevos creyentes à aquella y nuevos súbditos à esta; que un hombre dominado por el afan legitimo de saber arrostre peligros sin cuento para aportar à la ciencia valiosos é importantísimos conocimientos, teniendo que luchar para conseguirlo con el salvajismo de las fieras, con la brutal ignorancia de los hombres y con los mil y mil obstáculos que se presentan siempre al recorrer un país completamente ignorado, lleva à nuestro ánimo simpatia inmensa y admiracion ferviente por aquel que los realiza.

Y si à esos grandes sentimientos que hemos citado se agrega otro, no menos hermoso, cual es el amor à la humanidad, que le impulsa à dirigirse en busca de hombres que se hallan aun en su primitivo rudimentario estado de barbarie, para hacerles ver la antorcha brillantísima de la civilizacion y conseguir que amoldándose à ella luzca en su inteligencia la luz purísima de la razon, ese hombre resultará mucho más grande, y ante él se doblegará la humanidad, para rendirle un tributo de agradecimiento y de respeto, y ese hombre aparecerá ante los demás como un Dios humano, si Dioses humanos existieran.

Si miramos los descubrimientos geográficos por el punto de vista científico, su importancia brillará ante nuestros ojos con una fuerza maravillosa.

En efecto: las ciencias todas, se presentan à nuestra consideracion con un desarrollo prodigioso, pero sin embargo ninguna ha llegado à su completo perfeccionamiento; ninguna ha alcanzado la meta de las aspiraciones de los que las cultivan. Pues bien, estos conocimientos

ya que no se completan adquieren mayores caracteres de certeza merced á los descubrimientos geográficos. La política que estudia al estado en su desarrollo y desenvolvimiento, adquiere mediante la geografía nuevos y valiosos datos, acerca de lo que el Estado ha sido; datos que si los hombres que la cultivan, saben aprovechar, contribuirán por manera poderosa para su debido perfeccionamiento; la historia, ese libro inmenso que representa la vida de la humanidad y que por lo tanto no morirá sino con ella, encontrará mediante esta clase de estudios, el aumento de sus páginas inmortales adicionadas con otras no menos curiosas, en las que se descubre y se analiza al hombre primitivo, natural, salvaje, quizás más grande que el hombre civilizado; la filosofía aumenta su caudal de conocimientos, examinando en los desconocidos sistemas filosófico-religiosos profesados por los pueblos que se van descubriendo, hermosísimas verdades cuyo valor se realza al considerar que son producto de entendimientos exentos de educación y en los cuales no han entrado aun las ideas ó los pensamientos que otros hombres hayan tenido; las ciencias físico-naturales, encuentran también un poderoso auxiliar en los descubrimientos geográficos, los cuales les suministran nuevos fenómenos que estudiar y nuevos beneficios que obtener, no tan solo por lo que á la industria respecta sino que también por lo que á la fisiología y á la mecánica se refiere;..... pero ¿para qué hemos de seguir enumerando ciencias si tendríamos que recorrerlas todas? Los descubrimientos geográficos son de una importancia colosal, inmensa y sobre todo en la época presente en que las ciencias se encuentran en un estado superior de grandeza y necesitan ancho campo y dilatados horizontes en los que puedan moverse buscando *eso* que cada cual persigue y en pos de lo que corren con avidez y entusiasmo; y sobre todo hoy que parece que algo desconocido, pero grande y casi sobrenatural se ha apoderado de la imaginación y del entendimiento de los hombres que no contentos con lo que conocen se lanzan en alas de su calenturienta fantasía, buscando lo que aun ignoran, y encontrando en

esos hombres, en esos pueblos y en esas regiones que se v \acute{a} n descubriendo, algo que satisface su insaciable deseo.

Y hoy en d \acute{a} a \acute{a} donde principalmente se dirigen esas exploraciones es \acute{a} un pa \acute{i} s virgen y casi inexplorado, al bello continente Africano. Las miradas de todos los sabios se dirigen al Africa y la vieja y culta Europa, movida por una especie de presentimiento que le hace comprender que en Africa se encierran grandes misterios, que ser \acute{a} n poderosos auxiliares para su porvenir, y que le ayudaran en su marcha para sostenerse y tal vez adelantar en el estado de poderio y esplendor \acute{a} que ha llegado, env \acute{a} a \acute{a} esas regiones frecuentes expediciones que v \acute{a} n descubriendo paulatinamente el ignoto pa \acute{i} s y dando \acute{a} conocer los maravillosos \acute{e} important \acute{i} simos misterios que en \acute{e} l se contienen.

II

Mucho se ha desvariado al interpretar el nombre de Africa. Para unos esta palabra significa «un territorio fertil en espigas y el pa \acute{i} s de las palmeras.» Su etimolog \acute{a} sacada de la antigua lengua p \acute{u} nica, nos dice que la palabra Agrigah, fu \acute{e} el primer nombre que tuvo Cartago, y que los \acute{a} rabes decian m \acute{a} s tarde el territorio dependiente de la famosa colonia de Tizo.

Mide el Africa una longitud de 8000 Km. de N. \acute{a} S. y 7.600 de E. \acute{a} O. desenvueltos en una extension de 29.000.000 de Km. siendo quiz \acute{a} la forma fisica de la antigua y vastisima pen \acute{i} nsula, una de las causas del aislamiento en que hasta hace poco ha vivido.

Es, en el sentir de algunos, el Africa la primera tierra emergente y en ella es donde primero existieron los seres organizados que viven en nuestro planeta, y deducen que la raza africana, la m \acute{a} s antigua que existe en el mundo cuenta treinta y tres millones de a \acute{n} os de vida.

Otros, sin embargo, y son los m \acute{a} s, no admiten como buenos estos c \acute{a} lculos, siendo hoy una de las opiniones mas generalizadas y admitidas la que supone que los egipcios son, en efecto, uno de los pueblos m \acute{a} s antiguos,

no contando, sin embargo de existencia, sino desde unos 6000 años, antes de Jesucristo.

Las primeras noticias de la historia africana se refieren à los egipcios, fenicios y cartagineses.

Sin embargo, sus màs concretos datos no empiezan para nosotros, hasta que el padre de la historia, Herodoto, nos dejò sus escritos propios, de un historiador y de un viajero. Llega despues la época de los Ptolomeos y con ella y con la expedicion que el general cartaginés Hannon, verificò à las costas occidentales, nuestros datos se aumentan y perfeccionan; más tarde Plinio y Claudio Ptolomeo, bibliotecario de Alejandria nos dán nuevos informes. Uno de los acontecimientos más notables que se registran en la historia africana es la irrupcion que los árabes verificaron en la Alta Nubia y la Nigricia imponiendo su religion; siglos más tarde, los portugueses especialmente en siglo XV, merced à la iniciativa del infante D. Enrique el navegante (1416-1460) practicaron reconocimientos por las costas occidentales hasta el Cabo de Buena Esperanza y desde aquí por la costa oriental hasta el Guardafui, descubrimientos que aportaron gran caudal de noticias, datos y conocimientos del país que recorrieron, y desde esta época hasta fines del siglo pasado han adelantado poquisimo los estudios sobre el Africa. Sin embargo en este intermedio se verificaron tambien algunos viajes de los que citaremos los principales y más importantes.

CONTINUARÁ

GUILLERMO ELIO.





NAVARROS ILUSTRES



D. Hilarion Eslava y Elizondo.

Pasa el tiempo, pero las glorias quedan. Acaba de abrirse en Pamplona una suscripción pública para colocar una lápida conmemorativa en la casa en que nació este célebre compositor, y creemos oportuno publicar la siguiente biografía escrita por un reputado crítico musical, y que, á raíz de la muerte de aquel génio, vió la luz en *La Ilustración Española y Americana*:

Pocas horas hace, un modesto y humilde cortejo fúnebre cruzaba lenta y silenciosamente las calles de Madrid; al pasar por la Escuela Nacional de Música, los profesores de ella, rindiendo un justo tributo de admiración y respeto, colocaban sobre el féretro una corona, y al llegar al cementerio, los discípulos del eminente Eslava nos disputábamos, con el llanto en los ojos, la triste honra de llevar sobre nuestros hombros hasta la sepultura el ataúd que encerraba los restos del maestro querido y respetado, del amigo fiel y cariñoso, de una de las más grandes glorias nacionales en el presente siglo.

No son estos momentos para dar á conocer extensamente al hombre y al artista; más tiempo se necesita para ello, y, sobre todo, una tranquilidad de espíritu de que en absoluto carecemos ahora. Sirvan solo los siguientes apuntes, escritos á vuela pluma, para dar á conocer, aunque en bosquejo, la vida del hombre cuya pérdida lloramos, y con nosotros cuantos aman la verdad, respetan el saber y sienten entusiasmo por el divino arte á que Eslava consagró toda su existencia.

Terminadas las horas de coro de la catedral de Pamplona, sa-

lióse una tarde el Rector del Colegio de Infantes de la misma á dar su cotidiano paseo por las márgenes del rio que baña el vecino pueblo de Burlada. Llamóle la atencion desde luego un grupo de chicos que por allí jugaban, y, sobre todo, uno de aspecto varonil é inteligente mirada, con el cual enseguida trabó conversacion. «¡Qué lástima!», dijo el Rector, dirigiéndose á un amigo que le acompañaba, «este niño sería un excelente niño de coro; pero ¡si los crían como *salvajes!* ¡no sabrá leer siquiera!» El muchacho, poco satisfecho, que digamos, de aquella nada suave calificacion, y deseoso de rectificarla, se apresuró á contestarle: «Sí señor; sé leer y escribir y contar». Sonrióse el bueno del Rector, y acto continuo le pidió que cantase algo, á lo cual el chico, sin inmutarse, empezó á entonar una jota con una copla más verde que la alfombra de yerba que pisaban, y que los honestos oídos del capellan no permitieron que acabase; ántes bien, interrumpiéndole, le preguntó si querría ser niño de coro de la catedral, pregunta que fué acto continuo contestada afirmativamente con suma alegría por el interpelado. No dijeron otro tanto sus padres, que en él veían el continuador de su modesta cuanto honrada fortuna, y el capellan volvióse á Pamplona, dejando al pobre chico en la mayor aficcion y desconsuelo.

Poco tiempo despues, la falta de niños de coro en la catedral encamino de nuevo los pasos de D. Mateo Jimenez (que tal era el nombre del Rector) á Burlada. Fuése á la escuela, donde hizo cantar á los muchachos, y ya, perdida la esperanza de ver realizado el objeto de su viaje, iba á marcharse, cuando se acordó del jóven protagonista de la escena junto al rio; preguntó al maestro por él, y acto continuo el chico, dando un brinco capaz de dar envidia al mejor gimnasta, se encontraba delante del capellan. Hizole cantar la escala, y el muchacho, con tal fervor lo hizo, que, acompañando la accion á la voz, segun él mismo nos ha contado, iba subiéndose maquinalmente los pantalones, encontrándose de calzon corto al entonar la última nota ascendente. Quedó decidido su ingreso en el colegio de infantes, prévio el permiso paterno, conseguido á fuerza de ruegos y súplicas del interesado, que muy luego tenia el gusto de ver al Rector inscribir en el libro de niños de coro el nombre de MIGUEL HILARIOX ESLAVA Y ELIZONDO, nacido en Burlada el 21 de Octubre de 1807.

De rápida inteligencia, clarísimo talento, de instinto músico admirable y con amor al estudio como pocos, pronto sobresalió Eslava entre sus compañeros, aprendiendo en breve tiempo el solfeo, que le enseñó el susodicho Jimenez; el piano y órgano bajo la direccion de D. Julian Prieto, y el violin, hasta el punto de ser nombrado violin de la catedral en 1824; y miéntras en el Seminario cursaba las Humanidades, la mayor parte de su tiempo

lo absorbían la armonía y composición, en cuyos misterios le iniciaba el mismo Prieto, y él perfeccionaba con estudios particulares, completándolos después con las lecciones que recibiera del maestro de Calahorra, D. Francisco Secanilla.

A muy luego (1824) vacó la maestría de Capilla del Burgo de Osma, y Eslava la obtuvo, previa oposición, aprovechando su residencia en aquel punto para cursar la Filosofía y ordenarse de diácono. No mucho tiempo después, el Cabildo sevillano anunciaba la vacante del magisterio de su capilla de música, y Eslava acudió á la oposición. Sus obras merecieron aplauso unánime; pero ni este, de que es buena prueba, á más del dicho de los contemporáneos, una décima que en aquellos días corrió profusamente por Sevilla, atribuida, no sin razón, á una de nuestras grandes glorias literarias. (1) ni el dictámen del Jurado, que dió el primer lugar al maestro de Osma, valieron ante las influencias de que se vió asediado el Cabildo, y Eslava hubo de contentarse, tan solo, con la victoria moral, sobre sus competidores. Parecido caso sucedióle poco tiempo después en la oposición al magisterio de la Real Capilla; mas provisto éste en él maestro sevillano, aquel Cabildo tuvo el buen acuerdo de llamar á Eslava á ocupar la vacante, enmendando así su pasado yerro. Allí se trasladó nuestro maestro en 1832, recibiendo á poco las órdenes sagradas del presbiterado.

La residencia en Sevilla, segunda patria de Eslava, fué para éste y para el arte de grandísimo provecho. El estudio profundo y concienzudo de las obras de los grandes maestros de los siglos XVI y XVII que guarda aquel riquísimo archivo; el imponente espectáculo de la catedral sevillana; el ostentoso y severo aparato con que allí se celebraban los misterios de nuestra Religión, abrieron ancho cauce á su poderoso génio, imprimiendo una nueva y duradera fase en las obras que salieron de su pluma. Unir á la severidad y la corrección de la frase armónica el encanto de la melodía; dar verdad, expresión y colorido sin perder el clasicismo de la forma, tal fué lo que Eslava se propuso, y en verdad que lo realizó á maravilla. De entonces datan sus famosos *Misereres*, las *Misas con pequeña orquesta y órgano*, aprovechando sabia y hábilmente los recursos de los dos magníficos que encierra aquella catedral, y los *bailetes de los seises*, obras todas que le hacen digno sucesor de Guerrero, Morales y tantos otros hombres ilustres en la historia del arte y en las tradiciones de la catedral sevillana.

Corría tranquilamente la vida de Eslava, entregado por completo al estudio y á la enseñanza gratuita de la música, en la que preparaba los elementos del *Método de solfeo* que más tarde publicó con general aplauso, cuando nuestras revueltas políticas vinieron á turbarla. Privado de sus rentas el Cabildo, nuestro

maestro vió reducida su prebenda á la exigua cantidad de 400 ducados: forzoso era tomar un partido, y Eslava no vaciló; sentía dentro de sí el fuego de la inspiracion y se lanzó al género dramático, buscando poemas para sus óperas que no desdigeran del sagrado carácter de que estaba revestido. *Las treguas de Tolemaida*, *El Solitario* y *Don Pedro el Cruel*, estrenadas en 1841 en el teatro Principal de Cádiz con grande éxito, corrieron bien pronto los teatros de la Península, no sin que su autor cosechase, al par que aplauso y fama, disgustos y sinsabores sin cuento, nacidos de un lado por los escrúpulos del Cabildo sevillano, que, con nimio criterio, veía con mala cara el camino que su maestro de capilla había emprendido, llevado por aquella «venturosa necesidad que es madre de la virtud, y el mejor estímulo de los grandes talentos»; y del otro, por las cábalas é intrigas de bastidores, y la actitud marcadamente hostil con que la recibieron gran parte de los que cultivaban el divino arte en la córte. Afortunadamente, para los primeros, contaba en el mismo Cabildo con un amigo cariñoso (ligado con estrechos vínculos de parentesco con el que esto escribe), de tan sólida como bien entendida virtud, que le defenia ante sus compañeros, y le animaba á seguir en su empresa; y para los segundos, bastábale su carácter vigoroso y resuelto y el ánimo firme que da una conciencia honrada y el convencimiento, no la vanidad, del propio valer.

Vacó de nuevo por aquellos tiempos el magisterio de la Real Capilla, y Eslava le obtuvo por votacion unánime del Jurado. Desde entónces (1844) fijó su residencia entre nosotros.

A muy luego fué nombrado profesor de primera clase de composicion del Conservatorio, é Inspector de sus enseñanzas, y la estancia de Eslava allí marcó una nueva era en la historia de aquel centro de instruccion. La rutina y el empirismo cayeron á merced de saludables y bien meditadas reformas, y hoy los nom-

(1) La décima, de Nicasio Gallego, canónigo á la sazón de aquella santa iglesia, dice así:

La de Gerona es marcial;
 La de Segorbe, mezquina;
 Sin fuego la salmantina;
 La de Segovia, tal cual.
La de Osma es original,
Muy patética y sagrada;
 La de Valencia, copiada,
 Para el teatro, asombrosa:
 La de Barbastro no es cosa,
 Aunque su final agrada.

bres de Zubiaurre, Fernandez Caballero, el malogrado Arriola, los de los maestros de nuestras primeras catedrales y tantos otros como recibieron lecciones del profundo didáctico español, son honra y lustre de la escuela que los acogió en su seno. A la actividad y celo de Eslava debieronse: la creacion de una clase de órgano, necesidad imperiosa y por demás sentida de todos los entendidos en música, y cuya enseñanza dió sin remuneracion alguna miéntras el Gobierno acordaba la dotacion de la cátedra y la persona que habia de desempeñarla; la mejora en la organizacion de los estudios, bajo las bases que consignó en una bien entendida *Memoria* que escribió al efecto; la nueva manera de ejecutarse los ejercicios mensuales para que sirvieran de poderoso acicate á los alumnos, y por último, las reglas fijas, aún hoy en práctica, para que los concursos dieran el apetecido resultado.

Las áridas, aunque utilísimas, ocupaciones del Conservatorio no secaban su imaginacion; ántes bien podemos decir que esta fué la época más brillante como compositor, en la vida de nuestro insigne maestro, y en tanto que enriquecía con nuevos tesoros el ya rico archivo de la Real Capilla, preparaba los elementos para la publicacion de dos obras que por sí solas bastarian á darle merecido renombre: la *Lira sacro-hispana* y su *Escuela completa de armonia y composicion*.

La primera de dichas publicaciones venia á llenar un vacío inmenso en la historia del arte, y á desenterrar del polvo en que yacian en nuestras catedrales los ricos tesoros de música sagrada española, no solo vindicando, sino poniendo en tan alto como merecido lugar el arte español. Gracias á la solicitud de Eslava, á su infatigable laboriosidad y á su constancia, unidas al celo y amor al arte de los profesores que se le aunaron para costear la publicacion de tan insigne obra, las más preciadas composiciones de nuestros clásicos, que estaban esparramadas en libros de coro ó en papeles de atril separados, pueden ser, y lo son, objeto del estudio y admiracion de propios y extraños. Ceballos, Robledo, Rivera, el Gran Cristóbal de Morales, de una de cuyas producciones decia el erudito abate Baini que era *il lumbicalo del arte*: Navarro, Tomás Luis de Victoria, Aguilera, Juarez, Veana, Salazar, Comes, Ortells, Nebra, Cabo, Secanilla, Ledesma, Andrevi, y otros muchos renombrados y en su mayor parte, entónces, desconocidos autores, hallaron allí merecida cabida, siendo sus obras la más completa enseñanza y el más acabado monumento de la historia de la música sagrada en nuestra patria.

La *Escuela de composicion* es el fruto de los estudios y práctica de Eslava en su largo ejercicio del profesorado. Sus tratados de *armonia y melodia*, fundados en los principios estético, rítmico y tonal; el de *contra punto y fuga*, en el que introduce lo que llama

fuga bella, ingeniosa y bien meditada combinacion del árido clasicismo antiguo y las exigencias del arte moderno, y el de *instrumentación*, son otros tantos modelos de ciencia y profundo saber. ¡Lástima grande que la muerte le haya impedido terminar su Tratado sobre *los géneros en música*, del cual bondadosamente nos leyó el sábio maestro algunos capítulos, y cuya publicación, aún cuando fuese incompleta, agradecerian los amantes del arte.

Tan importantes tareas no le impidieron dirigir al par la *Gaceta Musical de Madrid*, escribir interesantes artículos en la de *Bellas Artes de Valencia*, así como dos Memorias, una sobre *La música religiosa en España*, y otra acerca de *Los organistas españoles*, ricas en datos y atinadas observaciones, y mantener al propio tiempo larga é interesante correspondencia sobre el arte con los críticos más eruditos del extranjero.

Si como sábio y didáctico brilló Eslava á grande altura, no menos fama alcanzó como compositor sagrado. Nos creemos sin títulos ni competencia para juzgar sus obras, bien que el grande aprecio en que, más aún los extraños que los propios, doloroso es decirlo, las tienen, hable más que todo lo que pudiéramos decir; pero su *Te Deum*, su *Misa de difuntos*, sus *Lamentaciones*, la *Paráfrasis de la Cantiga XIV de Alonso el Sabio*, sus *motetes* á voces solas y el *Dies iræ* á fabordon, que no há poco resonaba en una tristísima ceremonia en San Francisco el Grande, sin desmerecer en nada, ántes al contrario, al lado de los mejores clásicos de los pasados siglos, son títulos más que sobrados para adquirir merecido renombre, y para que el inmortal Rossini pasára horas enteras en su exámen, enviando calurosas felicitaciones á su autor. Originalidad, verdad, severidad en la forma, riqueza de armonía, clasicismo, sobriedad en la orquesta y admirable maestría en el manejo de las voces, hé aquí los caracteres que brillan en sus composiciones.

Nombrado Eslava Director de la Seccion de Música, en 1866, cesó á muy luego en este cargo, y no mucho despues tambien en el profesorado, gracias á una bien poco meditada reforma que se hizo en el Conservatorio. Una aguda pulmonía que le acometió á primeros del año 1871, dejándole por herencia la lenta y despiadada enfermedad que le ha llevado al sepulcro, y cuyos progresos no fueron bastantes á contener ni los recursos de la ciencia, ni un viaje que emprendió á Sevilla, y no pocas sinsabores y disgustos, triste privilegio del génio y del saber, debilitaron su naturaleza hasta el punto de que su voluntad era impotente para proseguir sus trabajos artísticos, entre los cuales estaba escribir una *Historia del canto llano*, ó terminar, al ménos, las obras comenzadas.

Eslava, afable en su trato, firme en la amistad, severo en su porte, austero en su conducta, de ánimo generoso y de inque-

brantables convicciones, ha sido el tipo del hombre del saber y del clérigo virtuoso. Querido y respetado de todos, ha pasado los últimos años de existencia entre Madrid, donde le retenían sus deberes de Maestro de la Real Capilla y el cariño de sus discípulos y amigos, y el vecino pueblo de Aravaca, donde poseía una modestísima casa. De allí vino hace pocos días, como si presintiera que se acercaba el término de su vida, y una pequeña calentura bastó para precipitar su muerte. Recibió con profunda religiosidad los Santos Sacramentos, y desde entónces su espíritu se recogió en el Señor: murió con la santa resignacion del cristiano y la serenidad del justo.

Beati mortui qui in Domino moriuntur.

J. M. ESPERANZA Y SOLA.

